

entregado á disputas infinitas, inacabables, sin esperanza de solucion precisa, segura, irrefragable, digna de fé; nada hay posible en la tierra sino la anarquía de las inteligencias y de las voluntades; nos hallamos, en fin, todavía en medio del paganismo.

Estas sencillas observaciones harán comprender cuál es la inmensa importancia, la importancia *humanitaria*, como se ha dicho, del acontecimiento de que hablamos. Nos bastará, pues, para hacerle apreciar, el esponerlo tal como él mismo se presenta, limitándonos solamente á hacer resaltar su espíritu y sus consecuencias, porque mas bien que en racionios filosóficos, él se apoya en su existencia, en su mismo desarrollo: so pena de no ser nada, debe ser evidentemente lo que él dice ser: á la simple vista debe producir en el espíritu de todo hombre de buena fé, esta reflexion de J. J. Rousseau: "No, no es así como se inventa: el que hubiese inventado un acontecimiento semejante, seria mas digno de admiracion que el héroe mismo á que él se referia."<sup>1</sup>

## CAPITULO VII.

### El Crucificado.

El espíritu del mal habia vencido; el mundo que él se habia formado habia recibido la triple sancion del tiempo, de la fuerza y del hábito de las pasiones: bajo un cetro de hierro tenia doblugada la tierra, de la que habia conseguido desterrar á Dios: reinaba, pues, sin rival; y sobre su trono rodeado de genios ilustres, de valientes guerreros, de legis-

<sup>1</sup> "Emilio."

ladores célebres, de profundos filósofos y de armoniosos poetas, viendo á sus piés la multitud humillada de los pueblos, se creia firme é invencible, y contemplaba con arrobamiento el conjunto de los reinos terrestres diciéndose: "¡Todo esto me pertenece!" Una idea sola, *la idea de la reparacion*, le asaltaba con todo su poder; él procura repelerla, mas á pesar de todos sus esfuerzos, ella se le muestra siempre amenazante, implacable, y turba la alegría de su funesto triunfo. Sentia que en esa idea se contenia una virtud divina, que tarde ó temprano vendria á serle fatal; y en sus oidos resonaba todavía esta sentencia terrible: "*La descendencia de la mujer te quebrantará la cabeza.*"

Un dia su terror se redobló; sus miradas cayeron sobre la Judea, que él no miraba nunca sin desconfianza, porque un poder oculto habia sustraído á su imperio ese rincon despreciable de la tierra, se sintió conmovido por algo misterioso y estraño que pasaba allí. Un hombre austero, hijo milagroso de un sacerdote anciano y de una madre estéril, viviendo en el desierto, llevando un vestido de pieles de camello ajustado al cuerpo con un cinturon de cuero, alimentándose de langostas y de miel de abejas, predicando el bautismo de la penitencia *para la remision de los pecados*; este hombre, decimos, iba seguido de una multitud inmensa, á cuyas diversas interpelaciones respondia con estas palabras: "Yo soy la voz que grita en el desierto: preparad la vía *del Señor*, enderezad sus senderos. Hay entre vosotros alguno que no conoceis, y es el que debe venir despues de mí. *Él está mas arriba que yo*; y yo no soy digno de desatar los cordones de su calzado." Al dia siguiente se presenta á él un personaje estraordinario, á quien saluda con trasporte por medio de estas no menos estraordinarias palabras: "*Ved ahí al Cordero de Dios; ved ahí al que quita los pecados del mundo.*" y en vista de su demanda, cuya insistencia triunfa de las vacilaciones de la humildad, confiérole el bautismo en las aguas del Jordan; y vióse entonces obrarse allí un prodigio desco-

nocido: de repente se entreabren los cielos, el Espíritu de Dios desciende sobre el bautizado, y una voz desde lo alto hace oír estas solemnes palabras: "*Este es mi Hijo muy amado y en quien yo he puesto todas mis complacencias.*"

En estas escenas maravillosas el espíritu del mal entrevió algo que amenazaba de un modo temible su poder, porque no perdió de vista al Elegido del cielo; le siguió hasta el desierto, adonde hablándole con su hipocresía acostumbrada: "¿Seriais vos *el Hijo de Dios*? le dijo. Haced, pues, milagros, puesto que os es posible; trocad en pan estas piedras, arrojados desde la altura de ese templo y los ángeles os recibirán sobre sus alas. Venid á la cumbre de esta montaña: ¿veis todos esos reinos y su brillante esplendor? Todo ese poder, toda esa gloria me pertenece; ella me ha sido concedida, y yo puedo trasmitirla á quien me plazca: pues bien, todo es vuestro si, cayendo á mis piés, me rendís adoracion."—La respuesta fué breve y significativa: "Apártate, Satanás; el hombre no vive solamente de pan, sino tambien de la palabra de Dios. Está escrito: vos adoraréis al Señor, *vos no serviréis sino á Él solo.*" Y la antigua serpiente, no reconociendo ya en esta fuerte actitud la debilidad de Eva y de sus estraviados hijos, desapareció como espantada del rayo.

¿Quién es, pues, este atrevido atleta que cuando todos se han sometido al yugo, no desespera de la causa comun, sino que habla como señor, y con solo una palabra irresistible hace huir aterrado al Espíritu orgulloso del mal? ¿De dónde viene Aquel que se encuentra revestido repentinamente de una virtud tan prodigiosa, y se presenta con ese carácter de autoridad tan soberana?

Podria recordarse haber visto por el camino de Bethlehem á dos pobres viajeros que iban á inscribirse en los registros de la ciudad, en obediencia de la orden del César, que habia decretado un empadronamiento general de los súbditos de su vasto imperio. Estos dos viajeros eran José, carpintero de Nazareth, y María, su mujer, que se acercaba al

término de su preñez. A su llegada, rechazados de todas las hosterías, no encontraron asilo para el descanso de la noche sino entre dos animales, en un establo abandonado, donde María recibió en sus brazos con alegría al hijo que habia llevado en sus entrañas. Este niño, nacido en un pesebre, y que habia participado, durante treinta años, de la oscuridad, de la miseria y del trabajo de su familia, era el que acaba de declararse el campeón de Dios y del hombre. Allá en su interior el ángel caído sospechaba con terror algun secreto designio del cielo, y procuraba con afan aclararlo. ¿Sabia acaso que Gabriel, el mensajero celeste, habia descendido á la casa de la Virgen de Nazareth, y le habia anunciado que el santo fruto que naciera de ella seria llamado el Hijo de Dios? ¿Sabia que Isabel, la esposa del venerable Zacarías, habia saludado á su prima con el nombre augusto de Madre del Señor? ¿Habia él oído á las falanges angélicas anunciar cantando á los pastores el nacimiento del Cristo Salvador? ¿Habia seguido en su peregrinacion á los magos del Oriente, á quienes guiara hácia el nuevo Rey una estrella milagrosa? ¿Sabia acaso que en el templo el santo anciano Simeon y la profetisa Anna, habian saludado al niño del establo como al Redentor del mundo, como la luz futura de los pueblos?.... Pero al menos ¿lo habia visto crecer en gracia y en sabiduría delante de Dios y de los hombres, desconcertando con sus preguntas y sus respuestas á los doctores de la Sinagoga, admirados de su divina ciencia; encantando á María, su hermosa y pura madre, con el brillo de sus palabras santas, que ella guardaba con regocijo en el fondo de su corazon?... En fin, el firmamento estaba abierto, y él habia oído la voz de lo alto consagrar la mision del jóven prodigioso, dándole el título de Hijo muy amado, objeto de las complacencias de su Padre celestial. Entonces fué cuando Satanás, queriendo probar á su adversario, no pudo ni aun sostener la fuerza de su imponente palabra. Sin embargo, aunque ya no se atreviese á atacarle nunca de frente, no perdía todavía del

todo la esperanza, y no hizo mas que suspender por un tiempo el volver á ensayar los esfuerzos de su profunda é insolente astucia.

Desde el momento solemne que antes hemos indicado, Jesus empezó á manifestarse en el mundo, anunciando que *el reino de Dios estaba próximo*. Él recorría toda la Galilea, enseñando en las sinagogas, diseminando entre el pueblo su alta doctrina, y curando toda clase de enfermedades y dolencias. Su reputacion se extendia por toda la Siria; y donde quiera que se presenta, todos los enfermos, todos los que se hallan atacados de diversos géneros de males y dolores, sienten luego el alivio y el consuelo. Conmovida por estas maravillas, le sigue una gran muchedumbre de pueblo de Galilea, de Jerusalem, de la Judea, y aun de mas allá del Jordan. Querian hasta hacerle rey, pero él se opuso á sus instancias. Habiendo vuelto á Nazareth, donde se habia criado, entró el dia sábado, segun tenia costumbre, á la sinagoga, y se puso en pié para leer. Presentáronle el libro del profeta Isaías, y abriéndolo, encontró luego el pasaje siguiente: "*El espíritu del Señor está conmigo; y es porque me ha consagrado por su unción: él me ha enviado á predicar el Evangelio á los pobres, para curar á los que tienen el corazón lacerado; para anunciar á los cautivos su libertad, y á los ciegos el recobro de la vista; para libertar á los que gimen en la opresion; para publicar el año de gracias del Señor, y el dia en el cual hará justicia.*" Y habiendo cerrado el libro comenzó á decirles: "Estas palabras de la Escritura que acabais de oír, están cumplidas hoy en mí." Y continuó su discurso con espresiones tan llenas de gracia y elocuencia, que todos le escuchaban absortos de admiracion.

Más aterrorizados todavía que su gefe, los satélites de Satanás á quienes les habia entregado los cuerpos de algunos desgraciados para atormentarlos, cuando la presencia del joven profeta de Galilea les hacia salir de ellos, exclamaban: "Dejadnos, ¿qué teneis que ver con nosotros, Jesus de Na-

zaret? ¿habeis venido no mas que para perdernos? Ya sabemos quién sois: sois el *Santo de Dios, el Hijo de Dios!*"

Los discípulos de Juan le dijeron: "Maestro, aquel hombre que estaba con vos mas allá del Jordan, y á quien rendisteis testimonio, ved que bautiza y que todo el mundo va con él." Juan les respondió: "Vosotros mismos me sois testigos de lo que he dicho, y es, que no soy yo el Cristo, sino que he sido enviado delante de él: es necesario que él crezca y que yo disminuya: *aquel que viene de lo alto está mas arriba de todos*: el Padre ama al Hijo y ha puesto todas las cosas en sus manos: el que cree en el Hijo tiene la vida eterna; el que no cree en el Hijo no verá esta vida."

Entretanto Jesus continúa recorriendo las ciudades y las aldeas, seguido de una multitud siempre creciente. Por todas partes da sus lecciones: en las sinagogas, en los domicilios particulares, en las plazas públicas, sobre las montañas, en el desierto, á las orillas de los lagos, cerca de las fuentes. Él espresa las mas altas verdades en el lenguaje mas natural y sencillo. Para ser comprendido aun de las mas débiles inteligencias, se sirve casi siempre de parábolas ó comparaciones tomadas de las cosas mas comunes de la vida, ó de los diversos objetos que se ofrecen á sus miradas: un padre de familia, un niño, un sirviente, una viña, un rio, un árbol, un pájaro, le ministran el asunto de maravillosas esplicaciones. Jamas la tierra habia oido una doctrina tan sublime; jamas bajo formas tan dulces habia recibido preceptos tan puros y tan santos. Él se dedica sobre todo á restablecer el verdadero sentido de la ley, y á completar su enseñanza; á combatir ridículas preocupaciones, y á despejar los espíritus de frívolas fórmulas, para encaminarlos á las cosas verdaderamente importantes: anatematiza con fuerza á los orgullosos y á los hipócritas, estos sepulcros blanqueados que imponen sobre las espaldas de otros fardos pesados que ellos no querrian mover ni con la punta del dedo; recuerda continuamente á los ricos sus deberes imperiosos para con

los pobres; predica en fin á todos el sacrificio, la abnegacion, la paz, la concordia y la divina caridad. Su manera de enseñar los llena de admiracion; porque Él hablaba como en derecho de autoridad, y no como los escribas y fariseos. Estos decian: ¿cómo puede tener tanta ciencia no habiendo hecho ningunos estudios?

Pero Jesus no exigia de sus oyentes el que solo por las palabras creyesen en la realidad de su mision celestial. Él hacia al mismo tiempo enmudecer á los demonios, y que los enfermos curados milagrosamente le proclamasen Hijo de Dios; queria que la fé naciese en las almas por el testimonio que de Él rendia su Padre en los hechos maravillosos cuyo cumplimiento le habia encomendado. Así los multiplicaba bajo sus pasos: con una sola palabra calmaba las tempestades, lanzaba á los demonios, resucitaba á los muertos. Su reputacion se estendia por todas partes, y frecuentemente se decia: “¿Quién es ese hombre extraordinario que manda con autoridad y poder á los espíritus impuros, y á quien obedecen los vientos y los mares? Es un gran profeta, *es el Cristo*; porque si el Cristo viniese, ¿podria hacer cosas mas admirables?”

Esta gran gloria que se atraia, el suceso de sus predicaciones que desenmascaraban tantas hipocresías ocultas bajo el velo de falsas prácticas de la ley, le habian ya suscitado celos violentos y odios implacables. ¿No es un galileo? decian sus enemigos; ¿puede venir algo bueno de ese pais? ¿No es el hijo del carpintero de Nazareth? ¿no conocemos bien á su padre, á su madre y á sus parientes? Es sin duda Belzebut el príncipe de las tinieblas el que le da el poder de arrojar á los demonios.” Jesus sobrellevaba pacientemente las injurias, pero no pudo sufrir la blasfemia. “Decid en buena hora que si el árbol es bueno el fruto es tambien bueno, y que del árbol malo el fruto debe ser malo; pero no insulteis al Espíritu Santo atribuyendo su obra al espíritu del mal. Por lo demas, yo os lo aseguro, todo reino dividido contra sí

mismo perecerá. Si pues Satanás se ha dividido contra él mismo, ¿cómo puede subsistir su reino? Pero si es por el dedo de Dios por el que yo arrojé á los demonios *creed, pues, que el reino de Dios ha llegado entre vosotros.*”

Este hijo del carpintero, que se llamaba él mismo el Hijo del Hombre, habia ya hecho conocer á Andrés, á Felipe y á Nataniel que él era tambien el hijo de Dios. Sobre la piedra del pozo de Jacob habia revelado á la mujer de Samaria que era el Mesías esperado; habia obtenido de sus discípulos por boca de Simon Pedro que le reconociesen como al enviado de Dios; despues, por último, habia declarado á los judíos en términos muy explícitos, que *él era Hijo de Dios, igual en todo á su Padre*; y esta declaracion tan positiva y solemne puso el colmo al odio de sus enemigos. Los príncipes de los sacerdotes, los doctores de la ley, los gefes del pueblo procuraban con empeño perderlo, pero no encontraban el medio de obrar contra él, porque todo el pueblo estaba de su parte, subyugado por el poder de sus discursos y por la fuerza irresistible de sus acciones. Temblando de cólera le cercaron un dia en el templo, y se atrevieron á dirigirle estas insolentes preguntas: “Decidnos, ¿por qué autoridad haceis estas cosas, ó quién os ha dado este poder? ¿Hasta cuándo nos tendréis el ánimo suspenso? Si sois el Cristo, decídnoslo claramente.”—Jesus les respondió con dulzura: “Yo os lo he dicho, y vosotros no me creéis. Las obras que hago en nombre de mi Padre, rinden testimonio de mí. Si yo no hago las obras de mi Padre, no me creais pues; pero si las hago, *cuando vosotros no queréis creerme*, creed á mis obras, á fin de que conozcais y esteis persuadidos de que el Padre está en mí y de que yo estoy en el Padre.” Lejos de apaciguarse con la calma y el poder de estas razones, ellos se pusieron mas furiosos, y se arrojaron sobre Jesus para prenderlo.

Ya antes habian querido precipitarlo de lo alto de una montaña, y no pocas veces quisieron apedrearlo; pero Jesus

se evadía siempre de entre sus manos, porque su hora no era todavía llegada.

Entretanto pusiéronse á acumular un gran número de cuestiones, tendiéndole redes para sacar de su boca algo de que acriminarlo. Enviáronle también espías que se fingiesen de las buenas gentes que le seguían, para sorprenderle en sus palabras, á fin de entregarle á los magistrados y al poder del gobierno. “Maestro, le decían traidoramente, nosotros sabemos que no decís ni enseñáis nada que no sea justo; que no consideráis la calidad de las personas, sino que enseñáis el camino de Dios según la verdad. Nosotros, pues, os consultamos para saber si es permitido ó no pagar el tributo al César.”

Es verdaderamente tierna y llena de interés la situación de el Justo por excelencia, rodeado de hombres tan profundamente pérfidos y malvados; pero su sabiduría sabrá destruir los cálculos y burlar las insidias de su hipocresía.— “¿Por qué me tentáis? les dijo; mostradme una pieza de moneda. ¿De quién es la efigie y la inscripción que lleva?—Del César.—Pues bien: dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.”

Desesperando de vencer su prudencia, tuvieron que echar mano de las injurias y las calumnias: era el recurso último que les quedaba. Ellos le llamaron hombre goloso y apasionado del vino, el amigo de los publicanos y de los pecadores: le acusaron de seductor del pueblo; le trataron, en fin, de violador de la ley de Moisés, de impío y de blasfemo. En el encono de su envidia, le hacían un crimen de sentarse á la mesa de los que le invitaban, sin escepcion de personas; de predicar una moral mas pura y mas santa que la suya; de curar á los enfermos en el día sábado; de pensar que era mejor purificar el corazón que las manos; de atreverse, en fin, á decir que por el poder de Dios su Padre, era por el que obraba aquellos milagros.

Es un hecho notable que el temor que tenían al pueblo

era el que los contenía en sus malévolas intenciones; porque á pesar de sus viles maniobras, de sus criminales sugerencias, de sus burlas y de las amenazas de arrojarlos de la sinagoga, no habían podido hacer que las gentes del pueblo participasen de un odio cuyos motivos no podían comprender. “¿Cómo un hombre malo, respondían con la sencillez y la rectitud del buen sentido natural, cómo un hombre tan malo como le pintáis, podría hacer tales prodigios? Él debe ser seguramente un profeta.”—“Si es malo, decía el ciego de nacimiento, que había obtenido la vista, yo no lo sé: lo que sé es, que yo era ciego y que ahora veo; y lo que es mas admirable, que él me ha abierto los ojos, y que vosotros no sabéis de dónde le viene este poder.”

En vano los fariseos enviaron algunos arqueros para que se apoderasen de él: los arqueros no se atrevieron á ponerle encima la mano, y volvieron al punto maravillados diciendo: “¿jamás hombre alguno ha hablado como él.” Y los fariseos, burlándose de ellos para ver de obligarlos así á sus intentos, les dijeron: “¿conque también á vosotros ha seducido? ¿á vosotros lo mismo que á esas gentes malditas del populacho, que no entienden la ley? ¿Hay uno solo de los fariseos ó de los magistrados que crea en él?”

Una circunstancia reveló muy pronto el entusiasmo popular, y escitó el furor de los enemigos de Jesús hasta el último grado. Era el tiempo de las Pascuas, y una gran multitud de pueblo que había venido á la fiesta, sabiendo que Jesús llegaba á Jerusalem, salieron de la ciudad á su encuentro, y tomando ramos de palmera, venían delante de él exclamando: “¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito sea el rey que viene en el nombre del Señor! ¡Paz en la tierra y gloria en lo mas alto de los cielos!”—Y estendían sus mantos por donde debía pasar el triunfador. Los fariseos que se encontraban mezclados entre el pueblo, no podían ocultar su despecho ni aun al mismo Jesús; así es que le decían: “Maestro, haz callar á tus discípulos.” A lo cual Jesús les respon-